

AL AMOR DE LA LUMBRE



Borricote

¡Qué atracción ejercía sobre nosotros aquel anciano! Era casi una obligación, pero una obligación que cumplíamos con gusto, la de ir á hacerle la tertulia los jueves por la tarde, prolongando nuestras agradables veladas, hasta la hora en que la cena nos llamaba á cada uno á su casa.

No hacíamos más que oírle, tomar té y fumar; en eso pasábamos tres ó cuatro horas, y, sin embargo, todos deseábamos que llegasen aquellas tardes en que la ventisca y la lluvia ponían intransitables las calles y los paseos.

En aquel rinconcito del mundo, en aquel comfortable gabinete, que era como un archivo de historia antigua, se olvidaba todo lo desagradable, para no atender mas que á aquella cascada voz, que siempre nos distraía y nos enseñaba algo.

Aquel día, fué esto lo que nos contó:

—En su casa le llamaban Roberto el Diablo, porque, en realidad, era un diablillo desde pequeño. Allí no había gato tranquilo, mueble seguro, cristal entero, ni plato sin desportillar: las cacerolas de la cocina andaban con frecuencia sobre los muebles de la sala, y las muñecas de su hermana sufrían mil veces el martirio inquisitorial de ser sometidas al fuego, en compañía de alguna peluca de la abuela ó de los postizos de la tía. La vecindad le odiaba y el maestro le temía.

Nosotros, menos cegados del cariño natural de sus padres, y acaso llevados de la envidia que nos causaba la popularidad de sus travesuras, y el partido que tenía, por guapo, entre las niñas (en descargo de la conciencia debo decir que lo era), le llamábamos *Borricote*. El

tiempo ha venido á darnos la razón á nosotros: ha tenido siempre más de borricote que de diablo.

Entonces no se podía juzgar todavía: todos los niños son iguales: flores que no se sabe si llegarán á fruto, ó caerán sus pétalos y su pólen á impulsos de alguna tormenta del mundo, sobre el infructífero suelo.

¡Cuántas flores han caído y qué pocas hemos llegado á frutos!

Pasó aquella época de la infancia como pasa siempre; su medida son las señales de los cardenales y arañazos que pintan el futuro carácter de las personas. *Borricote*, tenía muchas: todas eran cicatrices en su cuerpo; así llevaba, al exterior, la representación de su géneo discolo y travieso.

Fuimos estudiantes, y fué siempre de los últimos; pero, en cambio de nuestra ciencia, tenía algo mejor: ¡cosas de Roberto! ¡oh! ¡el tener cosas!...

Y así llegamos á pollos. Sus cosas le hicieron más popular que nunca; tenía entrada en todos lados y suspensos en todas las asignaturas. Su pobre familia, que tan encantada estaba, empezó á sufrir por él. No había vicio que no le fuese peculiar, ni persona segura de su lengua, ni botella que no vaciase. Lo hacía todo sin darse cuenta: su fondo era bueno, estoy seguro. Pero así seguía con sus cosas y se creía un hombre. Esto le perdía. Jugaba en tonto, por jugar, bebía hasta emborracharse á diario, gastaba lo que no podía: el casino y algo más, le tenía siempre en sus salones más recónditos y su presentación en sociedad era una mezcla de indignación, miedo, repugnancia y entusiasmo. Porque era simpático á pesar de todo. Y seguía siendo muy guapo.

Alto, con poblada barba, elegante. .. ¡qué lastima que le quitase todo su mérito, aquel aire de fanfarrón y aquella indeleble huella que deja el vicio! Al fin se quedó sin carrera, y poco después sin padres y al cuidado de su hermana. ¡Pobre mujer! ¡cuánto ha sufrido!

Acostumbrado á aquella vida, su sorpresa y su desesperación fueron grandes, al ver que la fortuna de su familia se había gastado entera en sostener su estúpida conducta. Olvidó y abandonó entonces a su pobre hermana, y sin atender consejos ni razones, viéndose inútil y pobre, corrió á buscar fortuna al otro lado de los mares. ¡Como si allí ni en ninguna parte se hiciese sin trabajar! Y él no lo sabía. La decepción, le dió el único camino que podía tomar. Fué rodando de

un sitio á otro, y al fin, como de la niñería había pasado al vicio, de éste pasó al crimen, no sin haber unido antes su mala estrella á la de una desgraciada mujer.

—¡Infeliz *Borricote!* Torpe para todo y demasiado consentido, lo fué también esta vez y cayó en manos de la justicia al poco tiempo.

Tuve á la vez la satisfacción y la pena de que en aquella ocasión se acordase de mí y de poder interponer mi influencia en su favor. Pero le sirvió de poco, pues casi en seguida murió gastado por los vicios, los sinsabores, la desgracia y la miseria, en la que dejó á su hermana, á su mujer y á sus hijos, de todos los cuales no he vuelto á saber.

.....

El otro día os decía que cuidaseis de la educación de las hijas, porque en ella iba su felicidad ó su desgracia. Hoy os digo que cuideis más de la educación de los hijos, porque esto representa la felicidad ó la desgracia de muchas personas. Y ¡si supierais con qué sentimiento veo que hay pocos padres que hacen lo que deben, y cuánto *Borricote* se me aparece en perspectiva!

FERNANDO RUIZ Y FEDUCHY.

LA MARINA MERCANTE ESPAÑOLA



LA UNIÓN SE IMPONE

Todas las clases de la sociedad, han comprendido el lugar que les corresponde en la misma, pues sacudiendo el letargo en que estaban sumidas, y contemplando la injusticia social á que estaban sujetas, han tenido corazón y firme voluntad, lanzando el grito de redención, cuyo eco ha repercutido por los ámbitos del mundo, haciendo que disminuya la diferencia entre las clases de la sociedad en que vivimos.

Los únicos que todavía somos esclavos por la desunión que reina en nuestras filas, somos la clase que por el elemento en que vivimos, estamos más expuestos y peor retribuidos.

Ningún pensador, como dice muy bien don José Fernández, se ha ocupado del marino, más que como tipo novelesco y aventurero, cre-